

cristiano unido á Jesucristo con los más fuertes y sagrados vínculos, debe ser apóstol. Serálo, en efecto, si es todo corazón para Jesús. Hombre de fe, varón por la firmeza de la esperanza, ardiendo en llamas de caridad, tal, en fin, como el Apóstol quisiera á todos los fieles¹; ¿qué océanos, qué Andes serían valladar á su paso de gigante? Los recursos para hacer el bien se le vendrán á las manos: su inventiva para discurrir santas industrias será inagotable como la fuente de amor que brota de su corazón. Cuando otra cosa no pudiere, orará, Apóstol de la oración, uniendo día y noche la suprema aspiración de su alma: *Adveniat regnum tuum!* con la plegaria que en forma de llamas sale del fondo del Corazón de Jesús, y aquella oración penetrará las nubes², y volverá á la tierra convertida en lluvia de gracias para la sociedad y el individuo. ¡Dichoso el pueblo que cuente uno solo de esos Apóstoles del Corazón de Jesús! ¡Mil veces más dichoso el que posea entre sus instituciones una sociedad bien organizada de ese linaje de Apóstoles!

14. ¡Compañeros de Jesús por vocación y por amor! alzad siempre en alto la bandera del divino Corazón.... ¡Apóstoles de la Oración! multiplicaos en número y fervor para la gloria de Dios....

¡Fieles todos! haceos un solo corazón para amar el Corazón único del Unigénito del Padre. *Sursum corda!* ¡Arriba, corazones terrenos! Si aquí son las luchas del Corazón, allá serán las delicias que no cabrán en él. Al corazón aquí coronado de espinas aguarda allá corona de goces inmortales. Así sea.

¹ Rom. 12, 11.

² Eccli. 35, 21.

PRIMER SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1898).

Redemisti nos Deo... et fecisti nos Deo nostro regnum.

Para Dios nos redimiste é hicistenos reino para nuestro Dios.

Apoc. 5, 9. 10.

1. Un grande acontecimiento, amados fieles, preocupa hoy á todos los espíritus, la aproximación del fin del siglo XIX; y á nadie debe preocupar en más alto grado y con mayor motivo que á nosotros, los hijos de la Iglesia, los regenerados en Jesucristo por la sangre de su divino Corazón. Siendo Jesús *el Rey inmortal de los siglos*, á quien es debido todo honor y gloria¹; siendo él Padre y Autor *del siglo eterno*², dueño y señor de los tiempos pasajeros y de la inmovible eternidad; ¿no deberá inclinarse delante de su Majestad la majestad de los siglos, del que se despide para no volver jamás, y del que llega para reemplazarle en la escena del mundo? Por Jesucristo hizo Dios los siglos, según la sublime sentencia del Apóstol³; justo es que los siglos, al nacer y al morir, rindan pleito homenaje á su Rey, tributen solemnes acciones de gracias y entonen cánticos de felicitación al Redentor. Tal es, oyentes míos, el pensamiento natural y cristiano que ha inspirado, como sabéis, el nobilísimo proyecto de ofrecer á Jesucristo nuestro adorable Redentor un homenaje solemnísimos en que tomen parte todos los pueblos y naciones cristianas, y, á ser posible, todos los individuos de la especie humana, precisamente al expirar nuestro siglo y nacer el siglo XX, á fin de que por las voces

¹ 1 Tim. 1, 17.

² Is. 9, 6.

³ Hebr. 1, 2.

de todos los siglos sea proclamada la divinidad del Redentor, y, como dice San Pablo, *todas las lenguas confiesen que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*¹. El año que corre es ya de preparación para el solemne homenaje á que nos invitan los católicos más distinguidos del mundo, bajo los auspicios soberanos del Sumo Jerarca de la Iglesia²; y es preciso, hermanos muy amados, que entremos todos de lleno en los sentimientos que exige esta grandiosa manifestación católica de fin del siglo XIX. Colombia no debe quedar rezagada en este universal movimiento de los pueblos cristianos. Colombia debe mantenerse á la altura de sus gloriosas tradiciones; y su culta y piadosa capital será sin duda la primera en el concierto unánime de sus villas y ciudades. Natural parece que tomen puesto avanzado en esta noble empresa las asociaciones religiosas de que tan rica se ostenta Bogotá, y entre las cuales no ocupa el postrer lugar ciertamente la que hoy consagra sus solemnes cultos en esta iglesia de la Compañía al sacratísimo Corazón de Jesús.

2. El *Apostolado de la Oración* que ha venido á ensanchar la solemnidad con que de tiempo atrás se celebra la fiesta del divino Corazón en este mismo templo, es sin duda la institución llamada de un modo más directo á tomar parte en el magnífico homenaje de que vamos hablando; digo poco: es la vasta asociación que se ocupa actualmente en las cinco partes del mundo en tributar incesante homenaje de fe y reconocimiento, amor y reparación á nuestro divino Sal-

¹ Phil. 2, 11.

² Véase la Invitación de la Comisión Internacional para el Solemne Homenaje á Jesucristo Redentor y á su agosto Vicario.

vador Jesús, valiéndose principalmente del culto del sagrado Corazón, á quien dirige diariamente sus fervorosas plegarias, suspirando por la venida y el restablecimiento del Reino de Dios en la tierra: *Adveniat regnum tuum!*¹ Previene, pues, el Apostolado de la Oración, los deseos de todos los buenos, y está pronto á tomar la parte que por su misma índole le corresponde, en la suntuosa manifestación de fe católica que se prepara al fin del presente siglo y principio del futuro. Los miembros del Apostolado no se cansan de glorificar al Cordero de Dios, entonando, en compañía de todos los ángeles y bienaventurados, aquel sublime cántico siempre nuevo: *Redimistenos, Señor, á precio de tu sangre, de toda tribu y lengua, pueblo y nación; é hicistenos reino para nuestro Dios, y reinaremos sobre la tierra. Digno es el Cordero inmolado de recibir el poder y la divinidad, y el honor y la gloria y la bendición*². El Apostolado se prosterna á toda hora, como los misteriosos animales del Apocalipsis, delante del trono del Altísimo y adora, la frente en el polvo, *al que vive por siglos de siglos*³. Ésta es su bella misión, como voy á exponer á vuestra vista aprovechando estos solemnes momentos para enardecer el entusiasmo de todos los fieles por los intereses y la gloria del deífico Corazón de nuestro amabilísimo Redentor. Saludemos primero al immaculado Corazón de María, diciéndole: *Ave María*.

I.

3. Trasladáos con la imaginación á aquel solemne día en que, vencido y muerto Saúl en el campo filisteo,

¹ Matth. 6, 10.

² Apoc. 5, 9. 10. 12.

³ Apoc. 5, 14.

fué reconocido y aclamado su competidor David por rey de todas las tribus de Israel. ¡Con qué entusiasmo se oyó resonar en Hebrón esta voz de todo el pueblo: *Tu eris dux super Israel: Tú reinarás sobre todo Israel*¹! ¡Día venturoso aquél para la nación judía, que le aseguró cuarenta años de prosperidad y grandeza! ¡Día glorioso para el humilde cuanto esforzado pastor, escogido directamente por la mano de Dios para apacentar á su pueblo! *Tu pasces populum meum*². ¡Pluguiera á Dios, amados oyentes, que esta popular aclamación de un rey destinado por la Providencia para salvar á su pueblo predilecto, fuese, al terminar el presente siglo, imitada y superada, pero infinitamente, por otra, más grandiosa y solemne, en que no ya un pueblo de la tierra, sino todos los pueblos y naciones del universo, á una voz que atronase los aires, proclamasen á Jesús de Nazareth, al verdadero Mesías é Hijo de David, por Monarca universal de todas las tribus humanas, por Rey de todos los espíritus y corazones! *Tu eris dux super Israel*; y dijese todos los hombres: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna*³! ¡Oh el más bello de los hijos de los hombres! Marcha delante de nosotros, avanza rodeado de prosperidad, y reina sobre el mundo. ¡Ojalá que arrastrase este movimiento de las almas hacia Jesucristo no sólo á todos los católicos, sino á los disidentes de todas las sectas cristianas, á los cismáticos, á los gentiles y hasta á los mismos judíos, verdugos del Redentor, y que de esta suerte llegasen todas las ovejas á formar un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor!⁴ Tales han de ser

¹ 2 Reg. 5, 2.² Ibid.³ Ps. 44, 5.⁴ Io. 10, 16.

vuestros votos, hermanos carísimos, y á este objeto deberían dirigirse nuestras fervientes oraciones y también nuestros más decididos esfuerzos.

4. Estudiemos ahora lo que deberá ser en el fondo el solemne homenaje proyectado. Será primero tributo de fe y reconocimiento: *Redemisti nos Deo, et fecisti nos regnum*¹. Los hombres habrán de reconocer, á la luz de la fe, en Jesús que se llama Cristo², al Redentor del linaje humano esclavizado, al Rey universal de los redimidos con su sangre en el tiempo y en la eternidad, según la promesa del Eterno Padre hecha al Hijo muy amado: *Te daré en herencia las naciones, y tus posesiones se extenderán hasta los linderos de la tierra*³. Deberán reconocer que Jesús tuvo derecho de afirmar delante de Pilatos: *Soy rey, como tú lo dices, y mi reino no viene de este mundo*⁴; y que él mismo decretó que se escribiera sobre su cabeza encima de la cruz: *Rey de los judíos*. Y ¡qué rey tan absoluto, al par que tan benéfico! Rey, no ya de los cuerpos y de la materia, sino del espíritu, de las almas, de las inteligencias y corazones humanos. En la inteligencia reina por la verdad, que es Él mismo⁵; en el corazón impera por la caridad, que es su mandamiento y el compendio de toda su ley; en todos los órdenes de la humana actividad reina Jesucristo, Verbo Encarnado, pues no hay institución ni sitio en donde no deba penetrar su espíritu. En todas partes *Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat*. Tal prerrogativa es suya, y contra ella ninguna fuerza podrá prevalecer, por más que el orgullo y la rebelión del hombre se nieguen á reconocerlo y acatarlo.

¹ Ubi supra.² Matth. 1, 16.³ Ps. 2, 8.⁴ Io. 18, 36.⁵ Io. 14, 6.

¡Oh, si, al terminar este siglo de tantas y tan descaradas rebeliones, tributasen los hombres en masa el homenaje debido al Redentor! Entonces reconocerían la soberana autoridad de Cristo para encadenar á la suya todas las voluntades, porque *se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*¹. Y su voluntad otra cosa no anhela sino hacer la dicha de la pobre y desgraciada raza humana. Reconocerían, por consiguiente, la obra maestra de Jesucristo, su reino espiritual y eterno, la Iglesia que Él conquistó con su sangre², y en ella su Magistratura suprema y su Cátedra infalible para regir y enseñar á las naciones. Saludarían, en fin, á Jesús, hijo de David, como verdadero Libertador y Bienhechor soberano del humano linaje, autor y consumador de toda nuestra felicidad, Padre del futuro siglo³, á quien el mundo moderno, tan pagado de sus maravillosos adelantos, debe rigurosamente lo más grande, bueno y bello que posee, así en el orden moral y social, como en el religioso, conviene á saber, los primordiales elementos de verdadero progreso, civilización y cultura. Entonces echarían de ver que la gloria de Jesucristo es la gloria de la humanidad, y su recuerdo, ó, mejor dicho, su vida se identifica con nuestra propia existencia⁴. Porque *en Él vivimos, y nos movemos, y existimos*⁵; y sin Él *nada somos ni podemos*.

5. Todo esto, amados oyentes, significa el solemne homenaje á Jesucristo Redentor. Decidme ahora los que tenéis alguna idea de la grande obra católica denominada *Apostolado de la Oración*; si no es todo eso lo que ella se propone, y lo que realmente ejecuta en las

¹ Matth. 28, 18.² Act. 20, 28.³ Is. 9, 6.⁴ Mons. *Deplace*.⁵ Act. 17, 28.

cinco partes del mundo mediante el esfuerzo organizado de veinte millones de asociados. Leed y meditaad sus Estatutos, nuevamente confirmados por la Santa Sede, y allí veréis¹ que «su fin, el cual no se limita á procurar un bien particular, no es otro que promover la gloria de Dios y la salvación de las almas», función propiamente apostólica y nobilísima, si las hay. Ahora bien: ¿cómo podría el Apostolado realizar su objeto, si no se esforzara en promover el reinado de Jesucristo Redentor? Á Jesucristo le están confiados los intereses de la gloria de su Padre y de la salud eterna de los hombres, según él mismo nos lo ha revelado en cien pasajes de su Evangelio. *He manifestado y dado á conocer tu nombre á los hombres que me confiaste en el mundo. Tuyos eran, y Tú me hiciste entrega de ellos.... Mientras he estado con ellos, yo los he guardado en tu nombre... yo les he comunicado la claridad que me diste. Yo quiero que ellos estén donde yo estoy, que participen de mi gloria....*² Todo el bien de los humanos estriba, pues, en Jesucristo, según la divina ordenación. Pero este bien no puede realizarse, si los mismos hombres no se someten de buen grado al cetro misericordioso del divino Salvador, si no aclaman su imperio soberano. Al reinado de Jesucristo y al cumplimiento de su voluntad en la tierra están vinculadas indisolublemente la gloria de Dios y la salvación humana. Sólo Él ha podido romper los siete sellos del misterioso libro; sólo Él tiene las llaves del cielo y del infierno³. Por eso el Apostolado eleva sin cesar su oración por millares de bocas, pidiendo al mismo Jesu-

¹ Estatutos, art. 1.² Io. c. 17 per totum.³ Apoc. 1, 18.

cristo que afance y dilate por todo el universo su reinado: *Adveniat regnum tuum!*¹ Por eso lleva escrito este glorioso lema en su bandera.

6. Ahí tenéis, pues, al Apostolado de la Oración tributando espléndido homenaje de fe á Jesucristo Redentor. El espíritu de fe es su espíritu, porque lo es de todo apostolado y de toda oración. Mirad á los primeros que se honraron con este nombre gloriosísimo dado por el mismo Jesús á doce discípulos privilegiados²; mirad á los que siguieron en pos de ellos y llevaron hasta los confines de la tierra el santo nombre de Dios y de su Cristo, y lo hicieron adorar de todas las naciones. ¿No es la fe la que, cual viento impetuoso, los empuja á todas partes y los lanza á todos los puntos del globo como ángeles de paz? Ellos dicen: *Credidi, propter quod locutus sum*³: Hablamos porque hemos creído. Su fe es tan viva y tan infalible como la misma visión. *Atestiguamos lo que vimos*, exclaman⁴; *hemos visto la vida eterna, y por eso la vamos anunciando*⁵. Con esta fe, dice el Apóstol, vencieron aquellos varones invictos á los reyes y á los pueblos, como lo hicieron en su tiempo los héroes del Antiguo Testamento⁶. Por sellar esta fe con el más irrefragable testimonio vertieron generosamente la sangre y dieron la vida entre tormentos inauditos. No hay apostolado sin fe, pero fe viva, entusiasta y generosa en Jesucristo. De aquí que nuestro Apostolado de Oración, no indigno de tan glorioso dictado, viva también y se sustente de la fe de sus adeptos. Pero ¿qué fe, hermanos míos? ¿Bastará por ventura una fe lánguida, vacilante y casi

¹ Matth. 6, 10.² Luc. 6, 13.³ Ps. 115, 1.⁴ Io. 3, 11.⁵ I Io. 1, 2.⁶ Hebr. 11, 33 sqq.

muerta como la de la mayoría de los que se llaman fieles? ¡Ah! no por cierto. La fe de los socios del Apostolado debe ser firme y firmísima, ya con respecto al dogma de la divinidad de nuestro Redentor, tal que les haga exclamar con el fervoroso Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo*¹; ya por lo que toca á las promesas del mismo Jesucristo: *Antes faltarán los cielos y la tierra que falta mis palabras....*² *Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia....*³ *Confiad, que yo he vencido al mundo*⁴. *Y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*⁵. Los socios del Apostolado no deben ser del número de aquéllos á quienes pueda alcanzar el reproche del Señor á los discípulos medrosos: *¿Porqué teméis, hombres de poca fe?*⁶ Por más que vean levantarse en torno la tormenta en el mar tempestuoso de este siglo, por más que ya parezca que la navecilla de la Iglesia y del Pontificado está á punto de irse á pique acosada por las olas revolucionarias, ellos, los Apóstoles de la Oración, permanecerán tranquilos y serenos, sin ser por eso menos activos y laboriosos, ni menos continuos en la práctica de la oración. Y siendo ésta el medio principal adoptado para lograr el fin apetecido del reinado triunfante de Jesucristo en la tierra, ¡cuánta fe no es necesaria á los miembros del Apostolado, si han de orar con perseverancia y fervor, y en unión del Corazón suplicante de Jesús! En conclusión, la fe del Apostolado de la Oración es la misma de la Iglesia de Cristo, fe que no se obscurece jamás, que no vacila, ni conoce desfallecimientos ni flaquezas;

¹ Matth. 16, 16.² Marc. 13, 31.³ Matth. 16, 18.⁴ Io. 16, 33.⁵ Matth. 28, 20.⁶ Matth. 8, 26.